

EL TREN EXPRESO.

POEMA EN TRES CANTOS.

Al Ingeniero de caminos el célebre escritor
D. José de Echegaray,

su admirador y amigo,

El Autor.

EL TREN EXPRESO.

CANTO PRIMERO.

LA NOCHE.

I.

Habiéndome robado el albedrío
un amor tan infausto como mío,
ya recobrados la quietud y el seso
volvía de París en tren expreso:
y cuando estaba ajeno de cuidado,
como un pobre viajero fatigado,
para pasar bien cómodo la noche
muellemente acostado;

al arrancar el tren, subió á mi coche,
seguida de una anciana,
una jóven hermosa,
alta, rubia, delgada y muy graciosa,
digna de ser morena y sevillana.

II.

Luego, á una voz de mando
por algun héroe de las artes dada,
empezó el tren á trepidar andando
con un trajin de fiera encadenada.
Al dejar la estacion, lanzó un gemido
la máquina que libre se veia,
y corriendo al principio solapada,
cual la sierpe que sale de su nido,
ya al claro resplandor de las estrellas,
por los campos, rugiendo, parecia
un leon con melena de centellas.

III.

Cuando miraba atento
aquel tren que corria como el viento,
con sonrisa impregnada de amargura
me preguntó la jóven con dulzura:
—«¿Sois español?»—y á su armonioso acento,
tan armonioso y puro, que áun ahora
el recordarlo sólo me embelesa,
—«Soy español,»—le dije, —«¿y vos, señora?»
—«Yo,»—dijo —«soy francesa.»
—«Podeis,» —la repliqué, —«con arrogancia
la hermosura alabar de vuestro suelo,
pues creo, como hay Dios, que es vuestra Francia
un país tan hermoso como el cielo.»
—«Verdad que es el país de mis amores
el país del ingenio y de la guerra;
pero en cambio,»—me dijo, —«es vuestra tierra
la patria del honor y de las flores:

no os podeis figurar cuánto me extraña
que, al ver sus resplandores,
el sol de vuestra España
no tenga, como el de Asia, adoradores. —
Y despues de halagarnos obsequiosos
del patrio amor el puro sentimiento,
entrambos nos quedamos silenciosos
como heridos de un mismo pensamiento.

IV.

Caminar entre sombras, es lo mismo
que dar vueltas por sendas mal seguras
en el fondo de un pozo del abismo.
Juntando á la verdad mil conjeturas,
veia allá á lo léjos desde el coche
agitarse sin fin cosas oscuras,
y en torno, cien especies de negruras
tomadas de cien partes de la noche.

¡Calor de fragua á un lado, al otro frio!
¡Lamentos de la máquina espantosos,
que agregan el terror y el desvarío
á todos estos limbos misteriosos!...
¡Las rocas, que parecen esqueletos!...
¡Las nubes con entrañas abrasadas!...
¡Luces tristes! ¡Tinieblas alumbradas!...
¡El horror que hace grandes los objetos!...
¡Claridad espectral de la neblina!...
¡Juegos de llama y humo indescritibles!...
¡Unos grupos de bruma blanquecina
esparcidos por dedos invisibles!...
¡Masas informes!... ¡Límites inciertos!...
¡Montes que se hunden! ¡Árboles que crecen!...
¡Horizontes lejanos que parecen
vagas costas del reino de los muertos!...
¡Sombra, humareda, confusion y nieblas!...
¡Acá lo turbio... allá lo indiscernible...
y entre el humo del tren y las tinieblas
aquí una cosa negra, allí otra horrible!...

V.

¡Cosa rara! Entre tanto,
al lado de mujer tan seductora
no podía dormir, siendo yo un santo
que duerme cuando no ama á cualquier hora.
Mil veces intenté quedar dormido,
mas fué inútil empeño :
admiraba á la jóven, y es sabido
que á mí la admiracion me quita el sueño.
Yo estaba inquieto, y ella
sin echar sobre mí mirada alguna,
abrió la ventanilla de su lado,
y como un sér prendado de la luna,
miró al cielo azulado,
preguntó, por hablar, qué hora sería,
y al ver correr cada fugaz estrella
—«¡ Ved un alma que pasa! »—me decia.

VI.

—«¿Vais muy léjos?»— con voz ya conmovida
le pregunté á mi jóven compañera.
—«¡Muy léjos,»— contestó;—«voy decidida
á morir á un lugar de la frontera!»—
Y se quedó, pensando en lo futuro,
su mirada en el aire distraida,
cual se mira en la noche un sitio oscuro
donde fué una vision desvanecida.
—«¿No os habrá divertido,»—
la repliqué galante,
—«la ciudad seductora
en donde todo amante
deja recuerdos y se trae olvido?»
—«¿Lo traeis vos?»— me dijo con tristeza.
—«Todo en Paris lo hace olvidar, señora,»—
le contesté, —«la moda y la riqueza.
Yo me vine á Paris desesperado,

por no ver en Madrid á cierta ingrata.»
—«Pues yo vine,»—exclamó,—«y hallé casado
á un hombre ingrato á quien amé soltero.»
—«Tengo un rencor»—le dije,—«que me mata.»
—«Yo una pena»—me dijo,—«que me muero.»—
Y al recuerdo infeliz de aquel ingrato,
siendo su mente espejo de mi mente,
quedándose en silencio un grande rato
pasó una larga historia por su frente.

VII.

Como el tren no corria, que volaba,
era tan vivo el viento, era tan frio,
que el aire parecia que cortaba;
así el lector no extrañará que, tierno,
cuidase de su bien más que del mio,
pues hacia un gran frio, tan gran frio,
que echó al lobo del bosque aquel invierno.
Y cuando ella doliente,

con el cuerpo aterido ,
—« ¡Tengo frío! » — me dijo dulcemente
con voz que , más que voz , era un balido ,
me acerqué á contemplar su hermosa frente ,
y os juro por el cielo
que , á aquel reflejo de la luz escaso ,
la jóven parecia hecha de raso ,
de nácar , de jazmin y terciopelo ;
y creyendo invadidos por el hielo
aquellos piés tan lindos ,
desdoblando mi manta zamorana ,
que tenia más borlas verde y grana
que todos los cerezos y los guindos
que en Zamora se crian ,
cual si fuese una madre cuidadosa ,
con la cabeza ya vertiginosa ,
la tapé aquellos piés que bien podrian
ocultarse en el cáliz de una rosa .

VIII.

¡De la sombra y el fuego al claro-oscuro
brotaban perspectivas espantosas,
y me hacia el efecto de un conjuro
el ver reverberar en cada muro
de las sombras las danzas misteriosas!...
¡La jóven, que acostada traslucía
con su aspecto ideal, su aire sencillo,
y que, más que mujer, me parecía
un ángel de Rafael ó de Murillo!
¡Sus manos por las venas serpenteadas
que la fiebre abultaba y encendía,
hermosas manos, que á tener cruzadas
por la oracion habitual tendía!...
¡Sus ojos siempre abiertos, aunque á oscuras,
mirando al mundo de las cosas puras!
¡Su blanca faz de palidez cubierta!...
¡Aquel cuerpo á que daban sus posturas

la celeste fijeza de una muerta!...
¡Las fajas tenebrosas
del techo, que irradiaba tristemente
aquella luz de cueva submarina;
y esa continua sucesion de cosas
que así en el corazon como en la mente
acaban por formar una neblina!...
¡Del tren expreso la infernal balumba!...
¡La claridad de cueva que salia
del techo de aquel coche, que tenia
la forma de la tapa de una tumba!...
¡La vision triste y bella
del sublime concierto
de todo aquel horrible desconcierto,
me hacian traslucir en torno de ella
algo vivo rondando un algo muerto!

IX.

De pronto, atronadora,
entre un humo que surcan llamaradas,
despide la feroz locomotora
un torrente de notas aflautadas,
para anunciar, al despuntar la aurora,
una estacion, que en feria convertia
el vulgo con su eterna gritería,
la cual, susurradora y esplendente,
con las luces del gas brillaba enfrente;
y al llegar, un gemido
lanzando prolongado y lastimero,
el tren en la estacion entró seguido
cual si entrase un reptil en su agujero.

CANTO SEGUNDO.

EL DIA.

I.

Y continuando la infeliz historia,
que áun vaga, como un sueño, en mi memoria,
veo al fin á la luz de la alborada
que el rubio de oro de su pelo brilla
cual la paja de trigo calcinada
por Agosto en los campos de Castilla.
Y con semblante cariñoso y serio,
y una expresion del todo religiosa,

como llevando á cabo algun misterio,
despues de un—«¡ay, Dios mio!»—
me dijo señalando á un cementerio:
—«¡Los que duermen allí no tienen frio!»—

II.

El humo en ondulante movimiento
dividiéndose á un lado y otro lado,
se tiende por el viento
cual la crin de un caballo desbocado.
Ayer era otra Fauna, hoy otra Flora;
verdura y aridez, calor y frio;
andar tantos kilómetros por hora
causa al alma el mareo del vacío;
pues salvando el abismo, el llano, el monte,
con un ciego correr que al rayo excede,
en loco desvarío
sucede un horizonte á otro horizonte
y una estacion á otra estacion sucede.

III.

Más ciego cada vez por la hermosura
de la mujer aquella,
al fin la hablé con la mayor ternura,
á pesar de mis muchos desengaños;
porque al viajar en tren con una bella
va, aunque un poco al azar y á la ventura,
muy de prisa el amor á los treinta años.

Y—«¿dónde vais ahora?»—
pregunté á la viajera.
—«Marcho olvidada por mi amor primero,»—
me respondió sincera,
—«á esperar el olvido un año entero.»
—«Pero ¿y despues?»—le pregunté—«señora?»
—«Despues»—me contestó—«¡lo que Dios quiera!»—

IV.

Y porque así sus penas distraía,
las mías le conté con alegría,
y un cuento amontoné sobre otro cuento,
mientras ella, abstrayéndose, veía
las gradaciones de color que hacia
la luz descomponiéndose en el viento.
Y haciendo yo castillos en el aire,
ó, como dicen ellos, en España,
la referí, no sé si con donaire,
cuentos de Homero y de Mari-Castaña.
En mis cuadros risueños,
pintando mucho amor y mucha pena,
como el que tiene la cabeza llena
de heroínas francesas y de ensueños,
había cada llama
capaz de poner fuego al mundo entero:
y no faltaba nunca un caballero

que por gustar solícito á su dama
la sirviese, siendo héroe, de escudero.
Y ya de un nuevo amor en los umbrales,
cual si fuese el aliento nuestro idioma,
más bien que con la voz, con las señales,
esta verdad tan grande como un templo
la convertí en axioma :
que para dos que se aman tiernamente,
ella y yo, por ejemplo,
es cosa ya olvidada por sabida
que un árbol, una piedra y una fuente
pueden ser el eden de nuestra vida.

V.

Como en amor es credo
ó artículo de fe que yo proclamo,
que en este mundo de pasion y olvido,
ó se oye conjugar el verbo *te amo*,
ó la vida mejor no importa un bledo ;

aunque entónces, como hombre arrepentido,
el ver á una mujer me daba miedo,
más bien desesperado que atrevido,
—Y «¿un nuevo amor?»—la pregunté amoroso,—
«no os haria olvidar viejos amores?»—
Mas ella, sin dar tregua á sus dolores,
contestó con acento cariñoso:
— «La tierra está cansada de dar flores;
necesito algun año de reposo.»—

VI.

Marcha el tren tan seguido, tan seguido,
como aquel que patina por el hielo;
y en confusion extraña
parecen, confundidos tierra y cielo,
una mezcla de sueño y de montaña,
pues cruza de horizonte en horizonte
por la cumbre y el llano
ya la cresta granítica de un monte,

ya la elástica turba de un pantano ;
ya entrando por el hueco
de algun túnel que horada las montañas,
á cada horrible grito
que lanzando va el tren, responde el eco,
y hace vibrar los muros de granito,
estremeciendo al mundo en sus entrañas:
y dejando aquí un pozo, allí una sierra,
nubes arriba, movimiento abajo,
en laberinto tal cuesta trabajo
creer en la existencia de la tierra.

VII.

Las cosas que miramos,
se vuelven hácia atrás, en el instante
que nosotros pasamos ;
y, conforme va el tren hácia adelante,
parece que desandan lo que andamos :
y á sus puestos volviéndose, huyen y huyen

en raudo movimiento ,
los postes del telégrafo, clavados
en fila á los costados del camino ;
y, como gota á gota, fluyen, fluyen,
uno, dos, tres y cuatro, veinte y ciento,
y formando confuso y ceniciento
el humo con la luz un remolino,
no distinguen los ojos deslumbrados
si aquello es sueño, tromba ó torbellino!

VIII.

¡Oh, mil veces bendita
la inmensa fuerza de la mente humana,
que así el ramblizo como el monte allana,
y al mundo echando su nivel, lo mismo
los picos de las rocas decapita,
que levanta la tierra,
formando un terraplen sobre un abismo
que llena con pedazos de una sierra!

¡Dignas son, vive Dios, estas hazañas,
no conocidas ántes,
del poderoso anhelo
de los grandes gigantes
que, en su ambicion, para escalar el cielo,
un tiempo amontonaron las montañas!

IX.

Corria en tanto el tren con tal premura,
que el monte abandonó por la ladera,
la colina dejó por la llanura,
y la llanura, en fin, por la ribera;
y al descender á un llano,
sitio infeliz de la estacion postrera,
le dije con amor:—«¿Seria en vano
que amaros pretendiera?
¿Seria como un niño que quisiera
alcanzar á la luna con la mano?»—
Y contestó con livido semblante:

— «No sé lo que seré más adelante,
cuando ya soy vuestra mejor amiga.
Yo me llamo Constancia y soy constante.
¿Qué más quereis» — me preguntó — «que os diga?»
Y, bajando al anden, de angustia llena,
con prudencia fingió que distraía
su inconsolable pena,
con la gente que entraba y que salía;
pues la estación del pueblo parecía
la loca dispersion de una colmena.

X.

Y, con dolor profundo
mirándome á la faz, desencajada,
cual mira á su doctor un moribundo,
siguió: — «Yo os juro, cual mujer honrada,
que el hombre que me dió con tanto celo
un poco de valor contra el engaño,
ó aquí me encontrará dentro de un año,

ó allí!...» —me dijo señalando al cielo.
Y enjugando despues con el pañuelo
algo de espuma de color de rosa
que asomaba á sus labios amarillos,
el tren, (cual la serpiente que escamosa
queriendo hacer que marcha, y no marchando,
ni marcha ni reposa),
mueve y remueve, ondeando y más ondeando
de su cuerpo flexible los anillos;
y al tiempo en que ella y yo la mano alzando,
volvimos, saludando, la cabeza,
la máquina un incendio vomitando,
grande en su horror y horrible en su belleza,
el tren llevó hácia sí pieza tras pieza,
vibró con furia y lo arrastró silbando.

CANTO TERCERO.

EL CREPÚSCULO.

I.

Cuando un año despues, hora por hora,
hácia Francia volvia,
echando alegre sobre el cuerpo mio
mi manta de alamares de Zamora,
porque á un tiempo sentia
como el año anterior, día por día,
mucho amor, mucho viento y mucho frio;
al minuto final del año entero,

á la cita acudí cual caballero
que va alumbrado por su buena estrella ;
mas al llegar á la estacion aquella
que no quiero nombrar , porque no quiero ,
una tos de ataud sonó á mi lado ,
que salia del pecho de una anciana
con cara de dolor y negro traje ;
me vió , gimió , lloró , corrió á mi lado ,
y echándome un papel por la ventana ,
—«Tomad»,—me dijo,—«y continuad el viaje!»—
Y cual si fuese una hechicera vana
que, despues de un conjuro, en la alta noche
quedase entre la sombra confundida ;
la mujer , más que vieja , envejecida ,
de mi presencia huyó con ligereza
cual sombra entre la luz desvanecida ,
al punto en que , llegando , con presteza
echó por la ventana de mi coche
esta carta tan llena de tristeza ,
que he leído más veces en mi vida
que cabellos contiene mi cabeza :

II.

— «Mi carta, que es feliz, pues va á buscaros,
cuenta os dará de la memoria mia.

Aquel fantasma soy, que, por gustaros,
jugó á estar viva á vuestro lado un dia.

»Cuando lleve esta carta á vuestro oido
el eco de mi amor y mis dolores,
el cuerpo en que mi espíritu ha vivido
ya durmiendo estará bajo unas flores.

»Por no dar fin á la ventura mia,
la escribo larga... casi interminable!...
¡Mi agonía es la bárbara agonía,
del que quiere evitar lo inevitable!

»Hundiéndose al morir sobre mi frente
el palacio ideal de mi quimera,
de todo mi pasado, solamente
esta pena que os doy borrar quisiera.

»Me rebelo á morir, pero es preciso...

¡El triste vive, y el dichoso muere!...
¡Cuando quise morir, Dios no lo quiso;
hoy que quiero vivir, Dios no lo quiere!
» ¡Os amo, sí! Dejadme que habladora
me repita esta voz tan repetida;
que las cosas más íntimas ahora
se escapen de mis labios con mi vida.

» Hasta furiosa, á mí que ya no existo,
la idea de los celos me importuna;
¡juradme que esos ojos que me han visto
nunca el rostro verán de otra ninguna!

» Y si aquella mujer de aquella historia
vuelve á formar de nuevo vuestro encanto,
aunque os ame, gemid en mi memoria;
¡yo os hubiera también amado tanto!...

» Mas tal vez allá arriba nos veremos,
después de esta existencia pasajera,
cuando los dos, como en el tren, lleguemos
de nuestra vida á la estación postrera.

» ¡Ya me siento morir!... ¡El cielo os guarde!
Cuidad, siempre que nazca ó muera el día,

de mirar al lucero de la tarde ,
esa estrella que siempre ha sido mia.

»Pues yo desde ella os estaré mirando ;
y como el bien con la virtud se labra ,
para verme mejor , yo haré rezando
que Dios de par en par el cielo os abra.

»¡Nunca olvideis á esta infeliz amante
que os cita , cuando os deja , para el cielo!
¡Si es verdad que me amasteis un instante,
llorad , porque eso sirve consuelo!...

»¡Oh Padre de las almas pecadoras!
¡Conceded el perdon al alma mia!
¡Amé mucho , Señor , y muchas horas ,
mas sufrí por más tiempo todavía!

»¡Adios , adios! como hablo delirando ,
no sé decir lo que deciros quiero!
¡Yo sólo sé de mí que estoy llorando ,
que sufro , que os amaba , y que me muelo!»—

III.

Al ver de esta manera
trocado el curso de mi vida entera
en un sueño tan breve,
de pronto se quedó, de negro que era,
mi cabello más blanco que la nieve.
De dolor traspasado
por la más grande herida
que á un corazón jamás ha destrozado
en la inmensa batalla de la vida,
ahogado de tristeza
á la anciana busqué desesperado,
mas fué esperanza vana,
pues, lo mismo que un ciego deslumbrado,
ni pude ver la anciana,
ni respirar del aire la pureza,
por más que abrí cien veces la ventana
decidido á tirarme de cabeza.

Cuando por fin sintiéndome agobiado
de mi desdicha al peso,
y encerrado en el coche, maldecía
como si fuese en el infierno preso,
al año de venir, día por día,
con mi grande inquietud y poco seso,
sin alma, y como inútil mercancía,
me volvió hasta Paris el tren expreso.

FIN.